estudio histórico, teológico y jurídico en que nos presenta a la famosa Abadesa de las Huelgas, Doña Antonia Francisca de Navarra. Esta obra de 424 páginas nos presenta otra faceta de Monseñor Escrivá, la del agudo investigador que como trabajo de tesis se adentró en una biografía con todas las de la ley: hechos rancios y caducos, documentación exhaustiva y narraciones lejanas "en fasañas largas para facerlas y cortas para contallas", epígrafe que el Padre Luis Coloma trae a cuento al enunciar una de sus historias.

Bogotá, 11 de marzo de 2002

***

UN CLÁSICO DE LOS NUEVOS TIEMPOS

POR

DAVID MEJÍA VELILLA

La Academia Colombiana, que dispensa honor a los grandes de la lengua, se reúne hoy para conmemorar a Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, en el centenario de su nacimiento.

Nació Escrivá el 9 de enero de 1902, en la ciudad de Barbastro, de la Provincia de Aragón, en España. Tuvo allí sus primeras letras, y alcanzó el bachillerato en Logroño, y el grado en derecho en Zaragoza y en Madrid. Desde pequeño cultivó el amor de las bellas letras castellanas y clásicas, juntamente con su gusto por la historia, por el derecho y la teología, disciplinas estas dos últimas en las que alcanzó los títulos del doctorado.

Ya en su primera juventud era dueño de un idioma rico y castizo, y se empezaron a manifestar en su habla y en sus escritos dotes excepcionales del buen decir, expresadas con tanta sencillez, como que fue esa siempre una de sus más amadas y frecuentadas virtudes. Y comenzó a entender que era su pluma un instrumento para hablar con los hombres, para hablarles de Dios, con quien nunca dejó de dialogar. En Escrivá, esa conversación con Dios y con los hombres es una sola cosa, una única lengua, una misma pasión.

Con todo y que sus lecturas fueron incontables y especialmente ricas en su trato con los clásicos de la lengua, y con todo y que su estilo es asombrosamente claro y luminoso como el más caracterizado de aquella edad de oro de la literatura castellana, la expresión y las obras de San Josemaría en el texto y en el contexto completamente originales, y aunque pueda decirse, por ejemplo, que alcanza la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sencillez y vivacidad del modo de Teresa, la hondura y belleza del estilo de San Juan de la Cruz, la fluida elegancia de Fray Juan de los Ángeles o de Pedro de Alcántara, no imita a ninguno de ellos, y ostenta, en cambio, una gracia, una alegría y una luminosidad propias de aquellos tiempos perennes.

Las obras de Monseñor Escrivá, si exceptuamos el estudio teológico-jurídico que se llama *La Abadesa de las Huelgas,* pertenecen todas a la literatura espiritual ascética y mística. Y aun el estudio sobre la Abadesa, con todos los primores de su estilo donoso y bienhumorado, lleva a Dios desde las primeras líneas.

El autor de *Camino,* de *Forja* y de *Surco;* el regio escritor de *Es Cristo que pasa* y *de Amigos de Dios;* el fino corresponsal de miles de páginas epistolares, y de otras tantas, fruto de su predicación, no cesó de escribir durante su vida. Jocosamente decía: "Yo soy Escrivá y escribo". Y sus páginas, cada una de ellas, son fruto granado de su propia vida. Por eso hablaba como escribía y escribía como hablaba.

Sus obras todas, tan hermosas y sobrenaturales, son intensamente humanas. Y es que así era él, el fundador del Opus Dei, para quien la Obra de Dios, el trabajo de Dios, no era otra que la obra del hombre santificada, hecha a la perfección y ofrecida a Dios con amor. La Obra de Dios, el Opus Dei —lo dijo tantas veces— es también el hombre mismo, buscador de Dios, ofrecido a Dios en todo su ser.

Para un escritor de verdad, palabra y vida resultan inseparables. La vida encarna la palabra y la palabra encarna la vida. Por su vida responderá su palabra y por su palabra responderá su vida. De cualquiera de sus escritos podrá decirse "Este era el hombre, así era Escrivá". Él invitará a todo hombre, a hacer endecasílabos de la prosa de cada día, en su vida diaria verso heroico, mediante la búsqueda de Dios en el trabajo cotidiano, en el quehacer ordinario.

Es el misterio de la poesía, y la obra de Escrivá desvela esa condición suya, de haber sido un gran poeta de la prosa constante, de cuando la verdad se encarna en una aparente fantasía, como en el género de las parábolas, y la imaginación penetra la realidad hasta apropiársela. Es el espíritu que aflora en la carne, y la carne que se rehace y solaza en el espíritu.

Alguna vez escribió estas palabras de honda poesía, hablando con Dios:

> Cuando te vea por primera vez, Dios mío, ¿qué te podré decir? Callado, esconderé mi frente en tu regazo... Y lloraré, como cuando era niño (...) Tus ojos mirarán todas mis llagas... Te contaré después toda mi vida... ¡Aunque Tú ya la conoces! Y Tú, para dormirme lentamente, me contarás un cuento que comienza: "érase una vez un hombrecillo de la tierra... y un Dios que le quería con locura...".

Está en todo esto, entre otras cosas, la explicación de la claridad y sencillez con que en la más alta prosa pueden entenderse al mismo tiempo el letrado y el rudo, y pueden conocer ambos el milagro de la poesía, y bebérsela, como lo hacía con *Camino* un peón de una finca, a quien alguien le regaló el precioso tesoro, y el campesino decía días después: "este libro es como el agua cuando uno tiene sed, que necesita seguir tomándola".

Quisiéramos tener con nosotros ahora la elocuencia exegética del académico español José García Nieto, —de feliz memoria entre nosotros—, de cuando consideró deber de su oficio referirse a la hermosura de la prosa de *Camino.* O poseer el análisis sereno y hondo de Andrés Vásquez de Prada, el insigne biógrafo de Escrivá, o la ciencia filológica de José Miguel Ibáñez Langlois, para que se nos entregara una síntesis de los valores que enriquecen el estilo literario del fundador español.

Detenerme quisiera, despacio, en una trilogía literariamente muy bella y muy valiosa, como es la que conforman tres libros de Monseñor Escrivá de corte semejante: uno, al que he aludido ya varias veces, que es *Camino,* breviario de la unión con Dios; y otros dos, *Forja* y *Surco,* breviarios, como *Camino,* de la llamada universal del hombre a la santidad.

Porque Escrivá recibió de Dios, el 2 de octubre de 1928, la llamada del amor redentor para predicar con su vida y su palabra que el trabajo profesional y la vida corriente y ordinaria de todo hombre, de toda mujer, pueden y deben ser camino de santidad en medio del mundo, amando a ese mundo que hizo Dios con tanto amor, llevando ese mundo a Dios, ese mundo de las realidades materiales, espirituales e intelectuales, en que consiste nuestra vida íntima y exterior.

Está escrita esta trilogía con el más rico lenguaje castizo e impecable, en breves párrafos numerados, consideraciones hondas sobre los reclamos del Creador a su criatura, del Padre Dios al hijo adoptado, extraviado y rescatado; sobre el amor con que amó Dios al mundo, que no paró hasta darle su Unigénito, en el que todos estamos convocados, llamados a salvarnos, lo que llevó a Escrivá, al considerar esa realidad del Opus Dei, a decir: "Se han abierto los caminos divinos de la tierra".

Camino comenzó llamándose *Consideraciones espirituales.* Y más adelante, cuando recibió su nombre definitivo y creció en contenido, era ya un libro grande, no obstante su formato pequeño, al que su autor prologó de esta manera:

> Lee despacio estos consejos. / Medita pausadamente estas consideraciones. / Son cosas que te digo al oído, / en confidencia de amigo, de hermano, / de padre. / Y estas confidencias las escucha Dios. / No te contaré nada nuevo. / Voy a remover en tus recuerdos, / para que se alcance algún pensamiento / que te hiera: / y así mejores tu vida / y te metas por caminos de oración / y de Amor. / Y acabes por ser alma de criterio.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Esos consejos a los que alude el autor, abarcan todos los sectores de la vida de su lector, que podrá ser un niño de siete años o un adulto de noventa. Sólo que al adulto de noventa, el autor le sugeriría ser siempre niño, ser siempre joven, con la niñez y la juventud del corazón y del alma.

"Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso". Así comienza *Camino,* dirigiéndose al niño de siete años o al adulto de noventa. Y continúa diciendo: "ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor". Recuerda a todo hombre, a toda mujer, que puede y debe ser útil, dejar poso. Que tiene en su propio ser una luminaria de fe y de amor, que no debe pactar con la esterilidad, ni llevar apagada la luminaria de su fe y de su amor, sino esplender con ella.

En el punto 590, la sabiduría de *Camino* habla de humildad y dice:

No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio: por mucho que brille y por alta que esté, no importa para la solidez de la obra. (...) —Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por ti no se derrumbará la casa.

Esto fue y así fue durante su vida en la tierra este escritor prodigioso, sillar de la obra de la Iglesia en nuestros tiempos.

Su tarea encomendada por Dios fue fundar el Opus Dei, y entendió que eso de fundar es algo que va profundo por su propia naturaleza, que se oculta y desaparece, como le gustaba considerar al Beato, por lo que en vida suya sólo por excepción lo vimos asomar para brillar en un foro, de esos donde lucen ante todos inteligencia y virtud. Refiriéndose a Cristo, repetía con san Juan Bautista: "Conviene que Él crezca y que yo mengüe".

En las letras, él no podía evitar brillar, habiendo dado *Camino* a la imprenta, porque no se oculta el sol con las manos. Sin publicidad y sin propaganda, *Camino* se fue difundiendo hasta lograr ediciones cinco veces millonarias, en más de cuarenta idiomas. Y con todo, también *Camino* es un sillar en la formación de incontables personas. No pudo pasar inadvertido este gran libro, como no pudo pasar inadvertida la heroica santidad de su autor. Son los juegos divinos de la humildad. Alguien diría que sus contrapuntos. Pero la luminaria de la fe y del amor no se apagó nunca en el camino del Beato: por el contrario, cada día fue mayor su luz.

Fue escrito que:

Camino, desde su primera aparición, ha sido un camino a Dios para miles de lectores que no se cansan de acudir a este libro, porque en él encuentran doctrina segura que ilumina sus mentes, y el calor paterno y el estímulo constante para su trato con Dios en la oración cotidiana, y en la recia andadura (...) *Camino* ha ayudado a transformar muchas vidas, a lograr, con la gracia de Dios, lo que se pide en su primer punto, ya citado: "Que tu vida no sea una vida estéril" (...). *Camino* tuvo desde su nacimiento la vocación de obra clásica, que ilustra y que educa, que corrige y que consuela, que alegra el alma intensamente y, sobre todo, como ya hemos dicho, es un libro que lleva a Dios. (Nota del Editor a la edición colombiana conmemorativa del centenario del autor).

Y al lado de *Camino, Forja* y *Surco,* que vinieron después. Tienen la misma estructura que *Camino,* de párrafos breves, profundos y luminosos, numerados, de ingente contenido rico en experiencia humana y sobrenatural. Imparten la doctrina eterna de Jesucristo, tal como la expone el Magisterio de la Iglesia. Y lo hacen con tanta gracia, con tanto afecto, que estos breviarios —como me he permitido llamarlos, porque son libros breves y sustanciales— resultan entrañables en sumo grado, y rezuman la sabiduría perenne.

Pero en punto de obras breves, hay otras dos que son verdaderas joyas de la literatura del Siglo XX. Me refiero al *Santo Rosario* y al *Viacrucis. El Santo Rosario* fue escrito de una vez, sin interrupción, y aunque es obra de una elevada mística, por su condición de libro dirigido al lector que está en el mundo, resulta accesible a todos, en el género de literatura de la vida de infancia espiritual.

El *Viacrucis* que escribió Monseñor Escrivá es un milagro de la poesía, si lo vemos desde el punto de vista de la literatura y del lenguaje. Si lo miramos como obra piadosa —que eso es, en toda su excelencia—, advertimos en él un súmmum de literatura cristiana, del corte de la más hermosa heredada de la tradición de los Padres y de los Santos.

Es Cristo que pasa y *Amigos de Dios,* son dos compilaciones de homilías, dos libros de espiritualidad laical, a cual más bellos y más hondamente penetrantes. Son frutos de su predicación sacerdotal. Del estilo de las homilías dice un autor que

no es posible silenciar este lenguaje directo, sencillo, de una amenidad inconfundible. Se nota siempre una delicada atención a la corrección gramatical y literaria (...) La fuerza y el nervio de lo que se dice dan lugar a un estilo sereno y claro, sin recurrir a efectos fácilmente emotivos. Tampoco intenta deslumbrar; quiere sólo ser el vehículo imprescindible, para que cada alma se coloque cara a Dios y saque consecuencias y propósitos para su vida diaria. (ÁLVARO DEL PORTILLO).

Y de lo escrito por Escrivá de Balaguer a lo largo de su vida, quedan incontables páginas y notas, que irán viendo la luz editorial sin prisas, para provecho y solaz de los lectores.

San Josemaría fue "un hombre enamorado de Dios", que vivió siempre buscando el rostro divino, buscando su presencia, y sus escritos fueron hechos delante de Él y como una ofrenda que buscaba al mismo tiempo lucrar todo el bien posible para las almas, y aun aquel bien que parecería imposible de conseguir, porque era audaz como el que más para pedir, generoso y magnánimo para dar, y santamente pillo para conseguir.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Decir estas cosas en este recinto y ante los académicos es una dicha, porque aquí son convocados como maestros todos los que con divina inspiración levantaron su voz en la asamblea de los hombres, y sus discípulos allegamos a ellos para escuchar sus enseñanzas, para venerar su presencia. Las estatuas de Ávalos y las figuras del fresco de Acuña dan fe de que lo que digo es verdad, y nuestra presencia lo advierte con los ojos. Quisieron nuestros predecesores en la Academia que aquí presidiera, en la hermosa creación del escultor español, la figura del Verbo Encarnado, Creador de la palabra humana, el que dio un lenguaje a los hombres. Es una figura suave y estilizada, que nosotros hemos contemplado mil veces, con verdadero deleite y adoración. A su derecha se regodean los grandes escritores de la edad antigua, que de algún modo lo entrevieron y misteriosamente anunciaron su advenimiento: El Rey Poeta que profetizó y cantó en los salmos la realeza y las misericordias del Señor; que en espíritu de profecía anunció los sufrimientos del Salvador de los hombres, y en esos Salmos, convocó a la naturaleza toda para que alabara y ensalzara a la Sabiduría increada y encarnada, "al más hermoso de los hijos de los hombres".

Y junto a David, Sófocles y Platón, Cicerón, Horacio Quinto Flaco y Virgilio, el cantor de la misteriosa Égloga IV; y encabezando el grupo festivo, Homero: los ingenios que bien merecieron de cierta manera haber entrevisto, mediante la llamada revelación natural, al divino autor del lenguaje y de la literatura, que ellos glorificaron.

Y a su izquierda, en sucesión estelar, los que llegaron después de que El Único Maestro vino a la tierra: Agustín, heredero en Roma de la cátedra de retórica de Hortensio; y Alighieri, quien después de su larga fatiga por círculos y cielos, entró al Empíreo, donde ni ojo vio ni oído oyó las cosas que Dios tiene preparadas para los que le aman; y gustó de lo que lengua mortal debe callar porque es incapaz de decir. Y junto a estos portentos, Camoens, Moliére, Goethe, y Dostoiewski, la palabra alada que busca la inmortalidad.

Es delante de ellos, delante de quienes yo encomio la tersura y sapiencia de la obra de este español universal cuyo centenario nos convoca. Y digo su loa gozosa junto a las figuras del fresco de Acuña, que recoge una síntesis de la literatura castellana, encarnada en esos personajes que hicieron vibrar el alma de Escrivá durante sus lecturas. Allí el *Quijote, Sancho* y *Amadís,* junto a *Mío Cid;* y el Castillo interior de *Teresa la Santa,* como la llamó nuestro Rubén Darío. Allí el Convidado de piedra, del gran Tirso, y el caviloso Segismundo de Polonia, y más allá el Alcalde de Zalamea: Y allí la *Estrella de Sevilla,* del gran Lope; y la pecadora *Celestina* y *la imprudente Melibea,* de Fernando de Rojas, junto a los próceres de la picaresca, don Pablillos, de Quevedo, y el Lazarillo de Tormes; y al lado de *Don Juan,* el pecador, de Zorrilla. Y la marcha sosegada del penitente de la *Guía de Pecadores.*

A la derecha en el fresco, las figuras que caracterizan la literatura americana, de esa América del Sur que tanto amó Monseñor Escrivá, y a la que visitó en 1974 y 1975, después de que en 1970 visitara a la Virgen de Guadalupe en México. Y allí esas mujeres maravillosas, *Doña Bárbara,* y *María,* y *Blanca,* la amada de *Tabaré,* y *Cumandá,* la inocente virgen de la literatura ecuatoriana; y con ellas el gran *Caupolicán,* cantado por Ercilla y por Darío; y nuestro *Peralta,* y *Martín Fierro,* y *Efraim,* y *Tabaré,* y *Gonzalo de Oyón,* y *Enriquillo,* el pícaro americano, y al fondo, tragado por la Selva, Arturo Cova. ¡Buen cortejo, para un buen festejo como este!

Monseñor tenía un corazón grande, universal, en el que cupo la creación entera, porque él amaba todas las cosas rectas del mundo, que quería llevar a Dios, porque, además, se dolía del mal en el mundo, y hacía notar que ese mal se concretaba en sólo una cosa, en el pecado, que se ha de evitar con todas las fuerzas, porque enseñó que todo lo demás es bueno.

Fue un espíritu libre, y era un apasionado de la libertad, de la propia y de la ajena. A ese amor a todas las cosas rectas del mundo, y a esa pasión por la libertad, dedicó muchas páginas de su obra escrita y sinnúmero de evocaciones en su predicación. Él fue, como le han dicho, y lo hemos recordado, un hombre enamorado de Dios; y amó con obras y de verdad, como lo mandaba el Apóstol Juan a sus discípulos, a Dios y al prójimo, fuese quien fuese. Fue por excelencia un pedagogo, y en esa condición le rendimos homenaje en este mismo recinto, en 1992, en reunión solemne y plenaria de la Academia Colombiana de Educación, esa ilustre institución fundada por Monseñor Rafael María Carrasquilla a comienzos del pasado siglo.

Fue profesor de ética en la escuela de periodismo, en un centro universitario de Madrid, y en la facultad de derecho enseñó, asimismo, derecho romano. Esto lo hizo de muy joven, y en ese entonces, y el resto de su vida, enseñó con su palabra y con su ejemplo, las más altas disciplinas del espíritu a toda clase de personas, hombres y mujeres, mediante su ejercicio sacerdotal que no conoció reposo. Gastó la vida, como lo han hecho los bienaventurados, en el oficio de amar, que lo llevó a unirse a Dios y a dialogar con los hombres, a perfeccionarse en el ejercicio de una santidad heroica, que lo llevará al número de los santos, según lo ha prefijado el Papa al anunciar su canonización para el próximo 6 de octubre.

Fue un apasionado de la libertad, porque la libertad es cosa de amor; la libertad bien entendida es disciplina para los que aman porque el amor exige la libertad. Y por eso quería, desde su primera juventud, "escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de Rey (*Apuntes,* 218).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Pero como maestro, siempre, hasta el último día de su vida, estuvo en trance de dialogar enseñando y formando a sus hijos y a sus hijas, y a toda clase de personas, de edades y condiciones variadísimas, que lo buscaban, para oír sus enseñanzas, o a quienes él buscaba para hablarles de Dios.

Si la Academia Colombiana celebra complacida el centenario de tan insigne escritor castellano, pondera más especialmente su designio universal de hombre que dignificó su oficio de maestro, y alcanzó que la Iglesia lo llevara a la cátedra de los bienaventurados, donde por siempre son ellos protectores y excelsos ejemplares para toda la humanidad.

Muchas gracias.

Bogotá, 11 de marzo de 2002

***

Bogotá, D.C., 5 de marzo de 2002

Doctor
JAIME POSADA
Director
Academia Colombiana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española
Ciudad

Apreciado Doctor Posada:

Agradezco su gentil invitación al homenaje al beato Josemaría Escrivá de Balaguer con motivo de los cien años de nacimiento. Lamento informarle que compromisos oficiales adquiridos con antelación me privan del placer de acompañarlos, como hubiera sido mi deseo.

Siempre animado por el amor de Dios, Josemaría Escrivá de Balaguer supo enseñarnos que muchas veces la misión que debemos cumplir en nuestras vidas puede parecer sencilla, pero que, a los ojos de Dios, nuestro trabajo diario es vlaioso y útil para ayudar y servir a los demás humildemente. La santidad se convirtió, gracias a él, en un propósito que cualquier persona puede fijarse como meta, a través de su vida cotidiana, de sus labores en el trabajo y como miembro de familia.

Formulo votos para que este homenaje sea un paso más dentro de su aporte al progreso y desarrollo de nuestro país. Tengo la firme convicción de que con su labor apoyan ustedes positivamente la construcción de la Colombia que todos anhelamos.

Les auguro muchos éxitos,

ANDRÉS PASTRANA ARANGO.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei